

Más abajo, y como explicación de la escena que dejo descrita, se lee en una cartela, barrocamente ornamentada y sostenida por dos angelitos, que constituye la parte inferior de la lámina, el texto siguiente, que como todos los anteriormente copiados, reproduzco con la actual ortografía y deshaciendo las abreviaturas:

«Verdadero retrato de San Gregorio Ostiense cuyo cuerpo se venera en el valle de Berrueza, provincia de Navarra, donde se experimentan innumerables (sic) prodigios con el agua pasada por la cabeza del Santo, pues rociando con ella los campos se evita la langosta y todo género de sabandijas dañosas a los frutos.»

La lámina descrita, sin ser una obra maestra, no carece de originalidad y gracia expresivas, de que son buen ejemplo los rostros de los personajes de la escena central en que se reflejan, según el acto que realizan el asombro, la indiferencia, la unción, la fe... La disposición de los elementos del asunto tiene elegante traza de sobria entonación barroca, muy española. No se dice quién sea su autor. La plancha está abierta con cierto cuidado y su ejecución tiene detalles de fino artista, como la imagen del Santo y sobre todo la cartela inferior, francamente bella.

Tal es la pieza que puede incorporarse, con pleno derecho y muy dignamente, por su contenido y su probable rareza, a la historia del grabado en la Rioja.

UN PAISAJE DE NALDA (1)

En uno de mis gratísimos viajes por tierras de Logroño, ese riojano hospitalario que es Diego Ochagavía, nos llevó al elegante escritor José M.^a Lope Toledo, a José Simón, el tremendo bibliógrafo, y al que esto escribe—unidos todos por bonísima amistad—a visitar Nalda y Viguera en uno de esos dorados atardeceres de la Rioja, cuando los verdes y los sienas presentan sus calidades más exquisitas y en el cielo luchan por ser azules como él, unas nubecillas levísimas.

Llevados por Ochagavía recorrimos Nalda y Viguera como si fuera nuestra casa. De cada puerta, misteriosamente,

(1) Se trata de un lienzo de 27,50 x 41'50 cms., pintado al óleo, muy bien conservado, y adquirido en Oviedo hace algunos años, junto con otros cuadros, después de haberlos descubierto en un anticuario de allí, mi querido amigo el marqués de la Vega de Anzo, que, amigablemente me lo comunicó. Desde entonces figura en mi colección.

surgía una mano cordial que nos presentaba siempre un porrón de vino, del «bon vino» antañón de Berceo, que, en su mayoría, —¿para qué escribir lo que no han de creerme?— alzábamos, como se merecía, por encima de nuestras cabezas para meditar una vez más, por que el vino merece consagrarse y el agua sólo se bendice para evitar el mal que pueda hacer por el hecho de serlo sencillamente.

Entramos en los hogares de no sé cuantos cariñosos vecinos; hicimos amistad con casi todos, gracias a la espontánea franqueza riojana; merendamos tantas veces que es vergüenza contarlos; y, en fin, fuimos a dar con una succulenta cazuela de cabrito con pimientos que en vez de estar sobre las brasas, al borde de un camino, donde nos sentamos a dialogar con ella, merecía, por su contenido, reposar sobre finísimas holandas y en la mesa del mejor gastrónomo. ¡Tal era lo sabroso de sus elementos y el punto de sazón en que una buena guindilla vino a poner su gracia y complemento!

Después de tan continuado ágape—que habían impulsado y ayudado el picante y el vinillo riojanos—salimos del pueblo para, prudentemente, hacer algo de ejercicio y contemplar el bello paisaje de la región que teníamos delante de nosotros.

Me recreaba yo frente al típico paisaje de Nalda y aunque jamás había estado allí hasta entonces, me parecía, lo que miraba, familiar a los ojos; es decir, que en vez de admirarlo solo, como por primera vez, gozaba recordándolo en sus líneas generales, y aun echaba de menos algo en él que no me podía explicar.

Un rato estuve pensando en tan extraña anomalía y, en fin, sin decir nada a mis compañeros—por el justo temor de que lo achacaran a excesiva contemplación de los porrones naldeños—regresamos a Logroño, y luego, ya en Madrid, lo había echado al olvido enfrascado en mis tareas cotidianas.

Mas he aquí que cierto día, como se hubieran de limpiar y barnizar ciertos cuadros de casa, al sacar del marco uno de ellos, un excelente paisaje de Miguel Pradilla—hijo de aquel don Francisco, y no menor artista que él—lo tomé para mirarlo de cerca y, debajo de la firma del autor, leí «Nalda».

¡Entonces vino la revelación del raro fenómeno que tiempo atrás me había sucedido en el pintoresco pueblo rio-

jano! Este era el paisaje que yo recordaba, por estar viéndolo de continuo, cuando lo contemplaba directamente en su natural belleza y lo que en él echaba de menos era la escena que se desarrolla en el cuadro.

La ermita que se ve en lo alto de la colina, dominando toda la vega del Iregua, es la de Nuestra Señora de Villavieja (1), veneradísima en Nalda desde tiempo inmemorial.

El pintor ha elegido el momento en que es trasladada la Virgen, en solemne procesión el segundo día de Pascua de Resurrección, a la iglesia parroquial del pueblo, donde permanece hasta el domingo anterior al 8 de septiembre, que es su fiesta y se la reintegra a la ermita con la misma solemnidad. El ambiente animado y abigarrado de la famosísima procesión, destaca inolvidablemente sobre el fondo.

Tengo este paisaje por uno de los mejores del autor, que ha repetido el tema alguna vez, no con tanta fortuna (2). La elección del lugar interpretado, buscando una curva para dar mayor perspectiva y desarrollo a la procesión, es acertadísima. El colorido, vivo y alegre, presenta ricos y delicados matices en los verdes del campo, variadísimos, y en los magníficos tonos del cielo y nubes, que no puede reflejar la fotografía adjunta en todas sus excelentes calidades.

Merecen señalarse también las primeras figuras de la procesión, que destacan sobre el paisaje de suaves tintas con sus valientes colores, por su movimiento, sosteniendo los estandartes agitados por un vientecillo primaveral.

Si Nalda es uno de los más bellos y pintorescos pueblos de esa bellísima y pintoresquísima región de la Rioja, quédale además la satisfacción de que su encanto, en uno de sus momentos más entrañablemente populares—ignorado sin

(1) Según me comunica mi buen amigo don Diego Ochagavía, a quien debo estos datos, se conservan junto a la ermita—situada a unos dos kilómetros de Nalda y no lejos del lugar de la batalla de Clavijo y del monasterio de San Martín de Albelda, célebre por el monje Vigila—las ruinas de un convento de frailes y del panteón de la casa de Abrantes, desaparecidos ambos recientemente, después de un abandono absoluto, como consecuencia de la nefasta desamortización de los bienes de la Iglesia en el siglo XIX.

(2) He tenido ocasión de ver después otros dos cuadros del mismo autor y sobre el mismo tema, en que aparte de su excelente factura, las figuras de mayor tamaño cierran demasiado el paisaje, en que la procesión aparece solo fragmentariamente.

duda de muchos españoles—ha quedado inmortalizado por uno de nuestros mejores pintores contemporáneos, a quien no puede hacer nunca sombra la gran figura de su padre, don Francisco Pradilla, de quien fué, además, uno de sus mejores discípulos.

JOAQUIN DE ENTRAMBASAGUAS
*Miembro de Honor del Instituto
de Estudios Riojanos.*



LA SINA DE SAN GREGORIO OSTIENSE EDITADA EN LOGROÑO
Colección de Joaquín de Entrambasaguas. Madrid



LA PROCESIÓN DE LA VIRGEN DE VILLAVIEJA EN NAUDA, *óleo de Miguel Pradilla*